

¿Qué Universidad nos imaginamos?

Conferencia*

Universidad Nacional de Córdoba

 Pedro Krotsch

Ante todo quiero agradecer la invitación a participar de este encuentro en esta, nuestra madre de universidades. Debería conversar con ustedes sobre los desafíos de la universidad pública en la Argentina y Latinoamérica. Si quisiera o pudiese ser riguroso debería afrontar este desafío desde una perspectiva comparada lo cual implica reconocer y conocer los procesos y actores que dan sentido a estructuras académicas formalmente similares. Sin embargo, los actores y sus orientaciones, así como los valores y las prácticas que explican el devenir universitario, son notablemente diferentes aunque curiosamente algunos indicadores de resultados sean similares para el conjunto de la región. ¿Existe un patrón socio-económico y cultural común a la región que determine un modelo de universidad? Me parece que sí pero lo dejo como pregunta.

La comparabilidad es un tema que se aborda desde los análisis macro de los organismos internacionales pero que, en realidad, debería explicarse a partir del sentido que, relativamente, los sistemas y los comportamientos dan a la práctica y a la orientación de los actores. Aceptaré el reto en parte pues me concentraré en la problemática argentina para hacer sólo algunas referencias a la situación latinoamericana que espero nos generen preguntas. Respecto de Argentina, me referiré a aspectos que considero centrales dejando de lado la caracterización actual en términos cuantitativos del sistema de educación superior que seguramente todos conocen. En relación con lo señalado quisiera hoy reflexionar sobre los aspectos que atañen a la misión de la universidad pública argentina, así como de algunos problemas que considero dificultan el cambio y la innovación en las universidades, especialmente las públicas.

Esto nos obliga, por otra parte, a tener en cuenta todo el Sistema, hoy compuesto por distintos Sectores: el público, el privado y el no universitario –una mirada a la que no estamos acostumbrados cuando hablamos de universidad y que falsea los análisis acerca de la misma–. Como producto de la masificación y la diversificación sistémica ya no deberíamos hablar de la universidad sin tener en cuenta o partir de una concepción de la Educación Superior. Tenemos que aprender a pensar desde el sistema y desde las distintas funciones que en él desempeñan o deberían desempeñar los sectores. El no hacerlo constituye una grave deficiencia epistemológica para la comprensión del objeto universidad.

* Esta conferencia fue dictada por Pedro Krotsch el 4 de junio de 2006 en la Universidad Nacional de Córdoba. La misma fue publicada en el Boletín ALAS N° 6, agosto septiembre 2009 y fue cedida para reeditar en nuestra revista por Carolina Mera.

Tenemos que aventurarnos a pensar en el futuro de la universidad, en el sentido de la misión que ha de tener la universidad pública en el marco del conjunto del sistema. Reflexionar en aquello que la justifica como tal, lo cual significa preguntarnos qué la justifica y esto último no puede pensarse si no incluimos la voluntad de construir una universidad centrada en el futuro, en el largo plazo. Pero ¿cómo desprendernos de nuestra vocación por reproducir el mero presente? ¿Será posible distanciarnos de una universidad únicamente reproductora? ¿O estamos demasiado implicados en su vida cotidiana como para poder distanciarnos y dar cuenta de sus lógicas reproductivas?

Lo señalado supone pensar o querer pensar en un ideal de universidad, en una nueva universidad, en una nueva misión para una nueva universidad. Curiosamente el debate mirando al futuro ha sido un debate y una controversia inexistente en nuestro país. Hemos hablado mucho de calidad, de eficiencias interna y externa, de nuevas formas de gobierno, de formas explícitas e implícitas de arancelamiento, de democratización, de calidad, de incentivos, de acreditaciones... Pero ¿para qué la universidad? ¿Cuáles son los deberes y las obligaciones de la universidad pública? ¿Cuáles son las obligaciones que acompañan nuestro derecho a la autonomía? ¿Qué universidad nos imaginamos? Este debate por ejemplo no ha emergido como cuestión, disputa o controversia en el largo conflicto de la Universidad de Buenos Aires. Sí lo ha sido en espacios marginales o como un problema implícito que está en la base estructural de las disputas, pero no es un asunto de debate que divida aguas como lo fue en otro momento de su historia. La disputa por el sentido de la universidad no está aparentemente en cuestión. Creo que de su responsabilidad, del tipo de responsabilidad que ha de asumir la universidad frente a la sociedad, se derivan los derechos y prerrogativas que pueda reclamar. Se trata de debatir el sentido de la universidad. Son estas cosas las que debatían también los grandes reformistas del pasado y que dividían aguas en los años 60 (por el tipo de ciencia por ejemplo) y que curiosamente no hemos podido retomar desde 1983 como debate en la esfera pública. Considero que son estos encuentros y controversias en la base del sistema los que pueden y deben promover el debate y la autorreflexividad en el mismo. A su vez, no podemos negar que hubo cambios e innovaciones durante los últimos años, tanto provenientes de las políticas públicas como los que devienen de la base disciplinaria del sistema.

Las universidades en su opacidad trabajan sin cesar y cambian ante todo incrementalmente. Sin duda el sistema se ha complejizado pero no ha modificado su patrón reproductivo, tenemos más de 100 universidades entre públicas y privadas y más de un millón de alumnos. Sigue siendo una universidad orientada por la demanda y no por el crecimiento y desarrollo de su base disciplinaria.

Su crecimiento y complejización, siguiendo a Clark, ha sido más adaptativo que sustantivo, se ha complejizado y dinamizado por la demanda y no por la investigación disciplinaria o interdisciplinaria en la base del sistema. Ejemplo de lo cual es la competencia en la ocupación del espacio a través de ofertas deslocalizadas dentro de cada una de las regiones. Un verdadero problema para la calidad del sistema. Se ha diversificado pero no ha creado un sistema de educación, mal llamado no universitario, que dé respuestas más inmediatas al mundo del trabajo mediando entre la universidad y el mundo de la producción.

Estimular la producción de conocimiento a través de la promoción de un campo de estudios propio sobre la universidad ha sido uno de mis objetivos fundamentales en los últimos años, siempre con la ambición de poder despertar vocaciones orientadas al cambio y la innovación de esta institución axial para el desarrollo de nuestro país. Y estoy convencido de que dado el carácter fuertemente democrático y autónomo de nuestra institución la reforma y la innovación están muy vinculadas a la posibilidad de generar e impulsar movimientos de opinión en la base del sistema. Qué es lo que requerimos en esta hora de incertidumbre que deviene de los rápidos cambios tecnológicos, de la globalización, de

la creciente transnacionalización e incipiente regionalización de la Educación Superior (estándares de ingeniería, medicina, agronomía, p.e. MERCOSUR), de los cambios acelerados en el mundo del trabajo, de la emergencia de una nueva cultura juvenil cada vez más socializada en los medios de comunicación de masas y los grupos de pares, que reemplazan a la tradicional alianza socializadora entre la escuela y la familia. El estudiante socializado institucionalmente ha desaparecido y la cultura juvenil permea hoy con sus valores y comportamientos las instituciones que deben lidiar con la heterogeneidad.

Todo lo anterior está presente en el nuevo escenario universitario pero también lo está la marginación y pobreza de gran parte de nuestra población, así como el debilitamiento de nuestros horizontes culturales y nuestra incapacidad de penetrar un mundo de incertidumbres y de nuevos riesgos. Sobre esto se ha escrito a nivel de los individuos pero poco a nivel de lo institucional y sus nuevos retos. Finalmente, son las instituciones las que constituyeron los verdaderos reservorios de sentidos, las que asignan roles y moldean comportamientos.

Creo que necesitamos de algunas “ideas fuerza” que nos orienten hacia el futuro. En este sentido considero que la universidad pública deberá ser cada vez más científica y al mismo tiempo más comprometida socialmente. Subrayo esta polaridad y esta tensión que vincula las aspiraciones democráticas a nuestra razón de ser que es la de la producción de saber, de producción de ciencia y cultura. Ambas cuestiones aluden a la responsabilidad social así como a la legitimación en saber de una universidad hoy cuestionada en términos de hegemonía y legitimidad.

No vamos a resolver la tensión entre estas dos cuestiones pero debemos pensar desde la misma pues creo que son “ideas fuerza” poderosas que inciden tanto sobre el tipo de ciencia que pretendemos desarrollar como sobre los contenidos y estructuras curriculares así como sobre la organización académica, y debemos renovar y actualizar aquí: la cuestión de la formación general vs. especializada, la tensión entre grado y posgrado, entre lo disciplinario y lo interdisciplinario, entre ciencia pura y aplicada, etc.

La cuestión de una universidad cada vez más científica supone simplemente recuperar el pensamiento de los reformistas más ilustres que se resistían al creciente profesionalismo y que les permitía hablar peyorativamente de la “universidad de los abogados” o de la “máquina de tomar exámenes”. Señalaba ya en la década del treinta Julio V. González, uno de los más lúcidos analistas de la universidad:

Es verdad indiscutible que la universidad argentina padece un mal congénito que, como todas las de su género, la ha hecho fracasar hasta ahora: la función, por añadidura, exclusiva, de habilitación profesional. La segunda cuestión de fondo que el orden lógico del razonamiento impone plantear ahora, es la de saber si en alguna forma aquella tarea es compatible con las de investigación científica, elaboración de ideas y colaboración social, que se atribuye solemne y empecinadamente la institución universitaria.

Más aún, Julio V. González justificaba la autonomía como una cualidad que es atributo natural de la producción científica y cultural así como de la libertad que ambas actividades suponen y requieren. Las profesiones liberales, señalaba, debían ser materia de control por el Estado pues solo la ciencia y la cultura gozaban del atributo de la libertad otorgado por la sociedad que se cristalizó históricamente en la “idea de universidad” humanista, hoy cuestionada también por las fuerzas del mercado y una universidad que es cada vez más adaptativa a los requerimientos de la demanda de certificación. La proliferación y diversidad de títulos –un festival de más de 4.000 títulos que no expresan idóneamente contenidos nuevos es un ejemplo de esta tendencia– que no es expresión de una especialización disciplinar sino de una búsqueda de nichos en la demanda y una respuesta a la competencia interinstitucional.

La universidad ha dejado de ser propositiva, ha dejado de ser el lugar de la innovación y el cambio, de reflexividad e innovación social desde la que aún hoy idealmente pretende justificarse o habilitarse para hablar del mundo social y natural. El mundo ideal no se corresponde con la lógica situacional de la universidad, hay una ruptura desde la cual nos habilitamos a hablar de la Universidad con mayúsculas. En otras palabras, falsas representaciones e incapacidad de construir conocimiento acerca de nosotros mismos.

Otra cuestión que quiero plantear es la necesidad que la universidad y la sociedad tienen de que la primera intervenga en la cuestión social, en el fortalecimiento de la capacidad de organización de la sociedad civil, en el desarrollo tecnológico de las pequeñas y medianas empresas, en el desarrollo de la ciudadanía. Este compromiso con las necesidades sociales no supone un isomorfismo de propuestas y prácticas con los distintos espacios de la sociedad. Se trata de reconstruir este espacio público que es la universidad teniendo en cuenta la pertinencia institucional, tanto de las prácticas reivindicativas como de las propuestas societales, pues la universidad no es una empresa, no es una ONG, no es un partido político, ni una Iglesia, ni un club de fútbol. Se trata de potenciar la institución universitaria creando y recreando valores que fecunden en la diversidad del conjunto de las prácticas societales. El desempleo estructural, la marginación social y la barbarización creciente de la vida política, social e institucional nos obliga a construir una voz que apunte a promover una mayor reflexividad social, tarea que estamos lejos de haber comenzado a realizar incluso a nivel institucional. La cuestión social no podrá ser abordada como una actividad de mero extensionismo o vinculaciónismo. La problemática del trabajo, de la salud, la educación, la vivienda, la fragmentación social y el deterioro del medio ambiente, deben constituirse en problemáticas centrales del currículum y de los programas de investigación, como parte fundamental del desarrollo científico y el desarrollo tecnológico de la nueva universidad, pero, al mismo tiempo, implican compromiso y distanciamiento. No es una tarea fácil de abordar. Los nuevos escenarios sociales en los que se desarrolla la ciencia y también la transmisión de conocimientos plantean nuevos retos a la tradicional hegemonía de la universidad. Si bien la problemática social deberá atravesar las prácticas y los espacios en los que se desarrollan la docencia y la investigación debe poder retraducir la problemática del campo económico, el político y el social a su propia lógica institucional. Retraducción que supone a la vez compromiso y distanciamiento crítico respecto de su entorno y a la vez mecanismo de construcción de bordes e identidades institucionales y organizacionales. La universidad deberá mediar en la construcción de su identidad entre la tensión de ser espejo o frontera, por un lado, respecto de su entorno social, por el otro. En esa mediación es que se deberá construir la necesaria reflexividad institucional que afiance su autonomía en este momento de enormes transformaciones y de crisis institucional de una universidad que ha sido caracterizada como sobredemandada, que ha puesto en cuestión sus mecanismos de gestión y gobierno.

En esta así llamada posmodernidad se ha trabajado mucho sobre la reflexividad como actualización de los sujetos individuales en un mundo de crecientes incertidumbres y riesgos, de crisis de las narrativas, sin embargo menos hemos comprendido las necesidades que nuestras instituciones universitarias requieren de retornar críticamente sobre sus objetivos y proceder así como sus articulaciones con el entorno.

La universidad en un mundo cada vez más interpenetrado desde el punto de vista de la movilidad de los recursos económicos pero también humanos deberá ser cada vez más universal dado el carácter transinstitucional de las disciplinas y a la vez más local como producto del compromiso que asume con las necesidades de su entorno social y económico. Entrelazar la problemática local con la universalidad del conocimiento

asentado en sus tribus disciplinarias es parte de nuestra compleja tarea hacia el futuro en un mundo que ha sintetizado el tiempo y el espacio. Por otro lado, la universidad deberá cada vez más pensarse como “intelectual colectivo”, como institución crítica, capaz de asumir una responsabilidad política no partidaria frente a las necesidades de la comunidad.

En realidad superar la partidización de la universidad es una condición para una politización asentada en intereses universales: solo la despartidización nos permitirá construir una “politicidad” activa y legítima frente a la sociedad. La injerencia de los partidos que hemos vivido durante las últimas décadas y que hoy motoriza el conflicto de la UBA no se condice por otro lado con los principios de la Reforma que suponían la existencia de movimientos ideológicos con capacidad de retraducir los intereses partidarios en posturas pertinentes al espacio institucional en que se desarrollan. Se trata de despartidizar para politizar la universidad en torno al interés general de la sociedad civil. Solo así podrá construir una voz pública. Superar la partidización y colonización de la universidad concebida como espacio de ejercicio de prácticas que se corresponden al espacio de lo político supone una confusión y trastocamiento de reglas que conlleva efectos perversos como la privatización de lo público que introduce formas de distinción y selección que contradicen la prevalencia normativa de lo meritocrático-académico como valor central de la institución centrada en el saber. Las prácticas regidas por valores y transacción de distinciones del campo político no se corresponden con la lógica de una democracia universitaria regida por el principio meritocrático-académico que rige normativamente a este espacio particular de lo social. En este sentido podemos decir que el espacio universitario ha estado más vinculado al campo político partidario que al espacio de la sociedad civil y sus necesidades, a veces, con la pretensión de suplantar lo meritocrático académico por lo democrático político. Por lo menos esto sucede en algunas universidades de las denominadas ‘grandes’.

Resolver esta cuestión, por lo menos en la UBA que conozco más a fondo, es posible hoy la tarea fundamental, la que sin duda tiene que ver con el fortalecimiento de la autonomía institucional y de las normas y reglas del juego que dan sentido a estas instituciones, funcionalmente distintas de otras, en un contexto nacional caracterizado por la extrema debilidad de la esfera pública y sobre todo de las instituciones que le dan vida. Se trata de recomponer las reglas del juego, de lo que está en juego, del sentido del juego de las controversias universitarias.

Uno de los problemas graves de la Argentina ha sido, y es, el de la labilidad de sus instituciones, de la falta de autonomía relativa de los distintos espacios institucionales, de la ciencia, la cultura, la universidad, la justicia, hasta de los clubes deportivos, etc. Esta debilidad y la sobredeterminación de lo “político-partidario” se transmuta también en debilidad de los actores y sus representaciones acerca del pasado, el presente y el futuro, de la precariedad en la asunción de roles y de las responsabilidades y orientación normativa de las prácticas sociales, viejo problema de la República que bien ha caracterizado Halperín Donghi en sus trabajos.

En la universidad, las reformas en los mecanismos de representación han sido parte de esta búsqueda por mejorar la institucionalidad percibida desde la problemática de la legitimidad de las autoridades. Durante la última década en algunas universidades se ha implementado la elección directa.

Se han observado distintas reformas a la forma de gobierno, todas ellas (San Luis, Río Cuarto, Misiones, Salta, La Pampa) optaron por el voto directo al mismo tiempo que sostuvieron la ponderación de los claustros.

Los resultados de estas reformas parecen, aunque no de manera aún del todo claras, haber activado la participación de la comunidad universitaria así como también contribuido a publicitar las políticas para la universidad evitando el camino de las negociaciones en los cuerpos colegiados.

También parecen haber fortalecido la legitimidad de las autoridades, cuestión que en general fue la justificación de tales reformas. Sin embargo, no contamos con evaluaciones precisas acerca de su impacto aunque se ha señalado para algunos casos la poca incidencia que ha tenido sobre las lógicas tradicionales de construcción del poder o el peligro de la movilización de recursos externos a la institución en torno a determinadas figuras. Sobre todo en las megauniversidades.

Sin embargo, no me arriesgo a hacer ninguna evaluación de los resultados de estos procesos.

Lo mismo sucede en gran medida en México y en otros países: el debate está centrado en el tipo de representación.

Si bien este es un problema, en muchos casos también lo es el de los actores que conforman el mundo de vida universitario: qué actores universitarios, qué intereses representan, cuáles son sus identidades e identificación con los valores universitarios, cuál es su legitimidad para hablar en nombre de lo que es paradigmáticamente la Universidad en la nueva universidad de masas en que vivimos.

Me parece que es importante hablar de las reglas y estatutos pero también del entramado social que da vida a esas reglas y recursos institucionales que sabemos son fácilmente readaptadas y moldeadas por la lógica de los actores.

En este sentido creo que otro elemento estructural y diría el fundante que atraviesa toda la discusión acerca de la universidad argentina, hasta los sesenta, que la extraña y trastoca respecto de su vocación ideal de espacio de creación de conocimiento y de disputa por la verdad, es el fuerte profesionalismo o peso de las profesiones liberales en la misma con lo que esto significa en términos de identidad, orientaciones así como de articulaciones con el entorno. En el fondo la disputa de las facultades de que hablaba Kant está presente. ¿Cuáles son hoy las Facultades y disciplinas dominantes?

Esta ha sido una cuestión que históricamente ha debilitado la dimensión científica de la universidad, que ha modelado su perfil que es también sin duda un aspecto de su carácter democrático, como es la atención a la demanda por movilidad social de los sectores medios.

Es necesario aclarar que considero que nuestra universidad tiene y deberá tener un carácter mixto, y en este aspecto quiero recalcar el peso que tiene el profesionalismo en el perfil y representación social de nuestra universidad y en la construcción de actores, identidades y alianzas así como en la definición de la misión de la misma. Lo anterior tiene que ver con la integración parcial y honoraria, por un lado, y la construcción de identidades fundadas en la pertenencia y a la construcción del saber, por el otro. Ante todo con la construcción de la profesión académica, de la construcción de una universidad que genere comunidad y mundo de vida que sea pregnante y proveedora de identidad a los sujetos.

Podemos observar cómo este balance de poder se ha modificado con el tiempo, en la UBA, a favor de las carreras tradicionales. Pero no se trata solamente del balance de poder en el interior del campo universitario sino de la forma y el modo de articulación con la estructura productiva y la cultura hegemónica. En este sentido reflexionaba sobre

la Noche de los bastones largos que tuvo su epicentro en Ciencias Exactas, Espacio que, de alguna manera, constituía el símbolo de la universidad moderna a la vez que motivo de una intervención de contrainsurgencia que, nacida en los treinta, construía el liberalismo, el comunismo y la ciencia como un foco de irradiación de la antipatria. No se trata evidentemente de un problema que se pueda resolver solo en la universidad pues tiene que ver evidentemente con el tipo de desarrollo económico, pero también con la cultura y las tradiciones ideológicas y políticas de una sociedad. En la nuestra, la ciencia y los científicos han estado bajo sospecha desde los treinta, más allá del poco valor que en términos de prestigio y consagración se les otorga por parte de la sociedad en su conjunto.

Con lo anterior quería solo subrayar un tema muy complejo que tiene que ver con la producción de conocimiento, con la ciencia y la cultura regional en la Argentina y en América Latina. Quería resaltar el hecho de que la universidad y la sociedad o más bien el vínculo entre universidad, sociedad y economía que hemos conformado históricamente ha sido poco proclive al desarrollo científico y tecnológico. Risieri Frondizi señalaba en el año 56 que aún teníamos una universidad colonial. Steger señalaba también refiriéndose al modelo de universidad latinoamericana como el “modelo de la universidad de los abogados”. Hoy este modelo trasmuta en formas diferentes pero no ha cambiado en lo esencial; lo que también es válido para el conjunto de América Latina cuyos sistemas se han masificado y complejizado sin duda en términos de relación público-privado, multiplicación de instituciones, creación de organismos de aseguramiento de la calidad y las constantes apelaciones a este último término en los debates regionales.

Para terminar, algunos señalamientos respecto de los desafíos que debemos asumir frente a los retos del futuro y la pérdida de protagonismo de la universidad latinoamericana.

A pesar de que los números se han multiplicado de manera espectacular tanto la matrícula como las instituciones públicas y privadas, las reformas neoliberales de la última década tampoco han modificado el perfil de nuestra universidad. Veamos algunos datos vinculados al papel del desarrollo científico tecnológico en la región y el protagonismo de nuestros países que ha disminuido a nivel global fundamentalmente por la emergencia del este asiático en el panorama de la producción de conocimiento.

1. En materia de gasto sobre el PBI para el año 2001 si consideramos entre los países desarrollados a USA, Alemania, Japón, Corea y entre los periféricos a Argentina, México y Chile las diferencias no son demasiado significativas pues varían entre el 7% en USA y Chile, el 6% para Argentina y el 4,7 para Japón, todos fundamentalmente como aporte público.
2. En materia de Gasto en I&D (2002) la diferencia es muy significativa a favor de los países desarrollados.

En primer lugar, Japón con 3%, Corea con prácticamente el mismo porcentaje y Alemania y USA con 2,50 del PBI, Argentina Brasil México y Chile están muy por debajo de estos porcentajes. Todos por debajo del 1% salvo Brasil. Argentina en este caso está por debajo de los países latinoamericanos mencionados. Esto se está modificando pero la situación es básicamente similar. Lo significativo aquí es que en los países desarrollados más del 70% es aportado por las empresas, en América Latina el financiamiento es exactamente inverso. En la ejecución del gasto pasa algo similar.

3. En relación a los investigadores en CyT, considerados como % por 1.000 de la PEA, las diferencias son también muy significativas: Japón tiene un 8% de la PEA y Argentina que tiene el mayor % de los países latinoamericanos que hemos considerado no llega al 2% siendo mucho menor en el resto de los países latinoamericanos.

Si analizamos los datos por sector veremos que los investigadores se localizan en el sector privado predominantemente en los países desarrollados y en la universidad y gobierno en los países periféricos.

4. En términos de artículos publicados en revistas científicas indexados por el Insitute for Scientific Information (ISI) 1981-2002 podemos observar ante todo el crecimiento especta-

cular de Corea. Es impactante la distancia en números absolutos de la producción en América Latina respecto de los países centrales. Un país pequeño como Corea produce en torno de los 15.000 artículos en 2.002, Argentina 468 de manera similar a México y menos que Brasil. Si consideramos la productividad por investigador, la Argentina tiene un desempeño destacado aunque un crecimiento porcentual menor que el de México y Brasil.

5. En términos de crecimiento de artículos publicados (en 1997), el primer lugar del ranking es ocupado por China y en segundo lugar se encuentra Corea, luego Japón. Brasil está en el 7º lugar y México en el 18º. Es importante el crecimiento de España, Turquía y por supuesto la India.

Una cuestión importante aquí respecto de lo que no he traído información es la de la ocupación de los ingenieros al egreso. Es un dato muy significativo, aun más que la tasa de graduados por área disciplinaria para comprender el desarrollo de la investigación y el desarrollo. Como hemos visto muy rápidamente el papel de América Latina es precario y ha perdido terreno desde el punto de vista de su producción científica que no se puede explicar evidentemente desde el propio campo científico sino que tiene que ser analizada en el marco de los patrones de desarrollo, pero también, cosa que no se hace en relación a los patrones culturales de América Latina.

Terminando, se ha señalado que la Universidad está suspendida en una triple crisis: de su hegemonía, de su legitimidad y de la institución. Esta crisis tal como se la ha caracterizado se refiere fundamentalmente a la Universidad tradicional, la tradicional universidad nacional cuyo paradigma son las de Córdoba, Buenos Aires o La Plata. Esta crisis tiene que ver con varias cuestiones superpuestas que ante todo refieren al número, con la emergencia de la cantidad pero también de la heterogeneidad en lo que se superponen lo externo: proliferación de instituciones competitivas, la creación de un mercado en consecuencia de docentes, alumnos e instituciones que compiten por el prestigio y la jerarquía, la modificación de la relación con la alta cultura-cultura popular, la heterogeneidad del alumnado vinculado a la masificación, las crecientes expectativas del conjunto de los actores sociales y estatales respecto de la universidad.

En suma una universidad sobredemandada que aún se representa a sí misma como una institución y no como una organización entre multiplicidad de nuevos modos y locales de formación e investigación. En lo interno esta universidad sobredemandada presenta tensiones difíciles de resolver que se hacen presentes en los aspectos pedagógicos, de socialización, de la localización de la investigación, de la relación grado posgrado, de la relación entre teoría y práctica, entre estudios generales y especializados, entre investigación pura y aplicada y su localización en los planes y niveles, entre bordes disciplinarios vinculados a los nuevos contextos de aplicación del conocimiento, así como al surgimiento de nuevos locales de producción de conocimiento y formación: las corporaciones, la educación a distancia, la implantación de sedes extranjeras, la emigración de estudiantes y científicos, etc.

Finalmente, esta crisis es también crisis de la institución y de la gestión y conducción, que hoy es más una gestión ligada a la dilución y gestión de conflictos que a una gestión capaz de orientar y dirigir el futuro.

La crisis de hegemonía que es de centralidad, se expresa también como crisis de legitimidad es decir de consenso societal y confianza todo lo cual incide en lo institucional mencionado anteriormente.

Tensionada entre las demandas estatales, las de la sociedad y el mercado y los crecientes retos de la globalización apenas logra construir un perfil que le permita crear una nueva legitimidad. Como señalamos al principio se hace necesario cada vez más recuperar la autonomía para replantear el compromiso desde una perspectiva crítica y utópica

en la que la responsabilidad social y la producción de conocimiento ocupen un lugar central como intelectual colectivo; la sociedad de riesgo necesita de un dispositivo creador de nuevos valores y sentidos.

Para asumir este desafío se hace necesario comenzar a construir una profunda autorreflexividad, una reflexión sobre su propio ser, su estar ahí. Esta reflexividad le permitirá alejarse de la mera reproducción del presente, del patrón tradicional de universidad que hemos heredado.

Distanciamiento e implicación con el entorno, el dilema de los horizontes o fronteras, contemporaneidad con el futuro como fundamento de la universidad.

Solo la contemporaneidad con el futuro le permitirá a la universidad construirse como espacio público y crítico y como dispositivo autorreflexivo y autónomo de la sociedad. Este ha sido el mandato histórico que al decir de Ricoeur le ha sido encomendado a la universidad por la humanidad en algún momento de su larga historia. Para esto cada vez más es necesario trabajar sobre nosotros mismos, “no solo domesticar lo extraño sino exorcizar lo doméstico”, “objetivar al sujeto objetivante” pretensión de toda universidad que se precie como tal, construir una vigilancia epistemológica sobre su propio acontecer como querría Bourdieu, en fin aventurarse a crear una nueva universidad argentina, aunque suene por demás ingenuo, que es una forma asimismo de construir la República.

